

Javier Rebolledo
El despertar de los cuervos



I

El origen

La investigación para este libro comenzó en paralelo con mi carrera periodística en el tema de derechos humanos. Tejas Verdes fue el primer centro de torturas y exterminio que existió en Chile y también el primero que me tocó investigar.

Fue azaroso. En 2005, cuando reportaba temas vinculados con el abuso infantil en organismos del Estado, nuestros caminos se cruzaron. Cinco cédulas de identidad se habían encontrado en un centro del Servicio Nacional de Menores (Sename) y ningún funcionario de esa repartición tenía la menor idea de quiénes eran esas personas. Solo sabían que los documentos databan de los años setenta, porque así se desprendía de su fecha de vigencia. En esa ocasión fui a corroborarlo hasta el mismo centro de menores El Arrayán¹, ubicado cerca de Vicuña Mackenna, en la comuna de San Joaquín. Las cédulas habían sido encontradas dentro de un gran clóset en el segundo piso de una casona colonial, mobiliario que había dejado en el lugar la administración anterior. La casa había sido la base de operaciones del centro de detención de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) conocida como Tres Álamos², de lo que me había enterado solo pocos días antes. Los trabajadores comunicaron el hallazgo y entregaron las cédulas al Ministerio del Interior. Me dieron los nombres. Al parecer, yo era el único reportero detrás de la noticia.

1 La dirección exacta es Canadá 5351. Actualmente es un centro de internación provisoria.

2 Centro de detención ubicado en Santiago, donde los detenidos se encontraban identificados y podían recibir visitas.

Como sabía muy poco, me acerqué a algunas agrupaciones de familiares de víctimas de la dictadura, preguntando por las identidades señaladas en las cédulas que, en ese tiempo, representaban para mí cinco posibilidades de identificar a detenidos desaparecidos. Cinco nombres, cinco noticias, o cuatro, o las que fueran. Por lo menos una.

En una de estas organizaciones, la Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo (Codepu), conocí a Carmen Gloria Díaz. Ella se interesó especialmente en mi hallazgo y comenzó a ayudarme a hacer calzar los nombres con víctimas de la represión del Estado. Antes de que pasara una semana, el gobierno me contestó de manera oficial que efectivamente una cédula correspondía a una víctima de tortura. Las otras cuatro, aparentemente, no tenían nada que ver. Aunque era chocante haber detectado un olvido de los servicios de inteligencia, me sentí defraudado. Esperaba dar con un detenido desaparecido.

Hasta ese momento no había leído testimonios de víctimas de tortura. Conocía el tema por la televisión, a través de noticias informativas en el contexto de la detención de Pinochet, los hallazgos de osamentas y, en general, por intermedio de titulares que daban cuenta de intrigas similares a las contadas en las películas de la mafia, como el crimen de Orlando Letelier³, o de personajes rebuscados, también cinematográficos, como Michael Townley⁴, o de la CIA, o de dobles agentes, o lo que la imaginación quisiera ofrecer. Intrigas.

«Mira esto. Para que no te sientas defraudado. Es lo más horroroso que he leído en mi vida», me dijo Carmen Gloria tiempo después. Era un tomo del caso Tejas Verdes. Contenía una querrela por torturas interpuesta por los sobrevivientes de ese lugar.

3 Economista, ministro de Relaciones Exteriores, del Interior y de Defensa del gobierno de la Unidad Popular, fue asesinado en 1976 junto a Ronni Moffitt en Washington por la DINA, con una bomba bajo su automóvil.

4 Agente estadounidense miembro de la DINA. El gobierno chileno decidió extraditarlo a Estados Unidos en 1978 como consecuencia de su participación en el asesinato de Orlando Letelier y Ronni Moffitt.

Estábamos en 2005 y la causa aún se encontraba en fase investigativa. El escrito al que tuve entonces acceso era parte del sumario, abierto solo para las partes involucradas.

Leyendo me di cuenta de que Tejas Verdes era el Regimiento Escuela de Ingenieros Tejas Verdes del Ejército de Chile, ubicado en San Antonio, a unos metros de la playa; base de soldados, escuela de formación de oficiales y suboficiales y el lugar donde el teniente coronel Manuel Contreras Sepúlveda estaba destinado para el 11 de septiembre de 1973.

Los propios sobrevivientes contaban, en la redacción de la querella y luego con más detalle en los testimonios prestados ante el tribunal, lo que habían vivido ahí. Eran ellos mismos los que hablaban, sin filtros, con sus palabras, sus modismos, sin artilugios ni velos.

Jamás había leído algo igual. Habían sido quemados con cera hirviendo, les habían puesto ratones en distintas partes del cuerpo, sobre todo en los genitales. También arañas. Alguna detenida señalaba que una compañera de presidio presentaba mordeduras de perro en la vagina. Cuando evacuaban involuntariamente, producto de los golpes, la violencia y el miedo, les daban de comer sus propios excrementos. Los colgaban y estiraban como en la Edad Media. A algunos los obligaron a jugar a la ruleta rusa y a las mujeres las violaron varias veces, incluso delante de sus seres queridos. Algunas quedaron embarazadas. A otras les habían abierto la vagina con fórceps para poder aplicarles corriente con mayor efectividad. A ellos les cortaban los testículos. Varios testimonios indicaban que les habían sajado las piernas y que luego los cauterizaban con algo similar a las planchas para la ropa.

Ellos mismos tenían la impresión de que habían sido usados como conejillos de Indias: ensayos con seres humanos.

Cuando terminé de leer fue difícil quitarme la angustia y la posterior indignación. También sentí culpa por mi reacción de desilusión al haber encontrado entre mis cinco cédulas «solo» a un torturado. Me di cuenta de que, en realidad, a pesar de haber escuchado la palabra «tortura» mil veces y de haber visto escenas ecalofriantes en el palacio de tribunales, con gente protestando,

no tenía idea de lo que realmente era la tortura ni de lo que podía producir en un ser humano.

«Nunca había escuchado nada igual, jamás. Y en todos los años que luego trabajé en la administración de justicia, viendo causas horrendas, nada se comparó a lo que le hicieron a la gente de Tejas Verdes», me dijo Valeska Villalón.

En 2003 Valeska había llegado desde el 34° Juzgado del Crimen para trabajar como actuario del ministro de la Corte de Apelaciones Alejandro Solís, nombrado por el Poder Judicial con dedicación exclusiva para ver causas de lesa humanidad. El grupo de denunciantes de Tejas Verdes había ido a parar a su despacho, ubicado en el cuarto piso del palacio de tribunales, en un altillo, sofocante en verano y muy frío en invierno.

Refiriéndose a los querellantes, me dijo que «antes de empezar a declarar pedían agua y ellos mismos traían sus pañuelos o yo tenía pañuelos ahí. Se ponían a llorar antes de declarar, por tener que recordar lo que iban a contar. Te decían: “Pero si en la querrela ya relaté lo que me pasó”. Y uno debía decirles: “Acá usted tiene que contarnos qué es lo que le pasó otra vez”. Luego de escucharlos, yo después también lloraba», recordó Valeska.

Su jefe, el ministro Solís, estaba decidido a hacer el trabajo que muchos de sus colegas no habían querido o, simplemente, no habían intentado siquiera hacer, amparados en una Constitución Política que prohibía juzgar los crímenes cometidos por los aparatos de seguridad durante la dictadura. Por lo mismo, durante esos días de 2003 en que Valeska llegó como ayudante de Solís, la mayoría de los exagentes de la DINA y su mismo director, el general Manuel Contreras, se movían con soltura en tribunales dando algún testimonio velado sobre su participación en la organización terrorista. Muy pocos de ellos habían pisado algún centro penitenciario.

«¿Y tú quién eres? No me digas que eres mirista igual que tu jefe. Tienes que tener cuidado, porque aquí tengo tu carpeta y sabemos quién eres y por dónde te mueves», le había dicho Contreras a Valeska durante uno de sus primeros encuentros.

En esa misma época, previo a un nuevo interrogatorio a Contreras, un llamado anónimo dio un aviso de bomba al tribunal.

El Grupo de Operaciones Especiales (GOPE) de Carabineros debió registrar hasta la última esquina del enorme edificio. El tema se manejó con sigilo y se mantuvo en privado. Cuando Contreras llegó le preguntó a Valeska: «¿Y cómo les fue con la bomba? ¿La desactivaron o explotó?». Recuerda que no le dio mayor importancia. «Entonces, me dijo con una sonrisa: “Mejor enterarse antes que después, ¿no?”».

El general se mostraba ofendido por tener que declarar como un delincuente. Otros agentes bajo su mando sentían lo mismo. Como el caso de Ricardo Lawrence⁵, sentado en la misma silla de interrogatorio que ocupaba Contreras y el resto de los agentes, frente al computador de Valeska: «¿Usted sabe cuál es el crimen perfecto, doña Valeska? El atropello en medio de la calle. Un empujón y pasa una micro. No queda rastro. No hay arma homicida, no hay responsable. Hay que tener cuidado en esas situaciones».

Se consideraban patriotas injustamente cuestionados. Integrantes de una guerra santa en la que habían derrotado a infieles que pretendían destruir a la Iglesia católica e instaurar la dictadura del comunismo en nuestro país. «Algunos sacaban cruces y rosarios en medio de los interrogatorios, como forma de detener la presión. Otros dejaban imágenes de santitos sobre una maqueta que teníamos de la Villa Grimaldi. Parecía un altar».

El mundo político identificado con la derecha pinochetista comenzó a centrar su mirada en ese tribunal del cuarto piso que, además de Tejas Verdes, concentró rápidamente algunas de las causas ícono de la dictadura, entre ellas Londres 38, Villa Grimaldi, José Domingo Cañas y la Venda Sexy. Sesgado, comunista, resentido, poco minucioso, fueron algunos de los epítetos que personajes como Hermógenes Pérez de Arce le espetaron al ministro Solís desde sus tribunas comunicacionales. «Sabía que eran provocaciones. Tenía que pisar con pie de hierro. Si respon-

5 Ricardo Lawrence Mires, teniente coronel de Carabineros en retiro, comandante de varias agrupaciones de la DINA. Parte de los equipos encargados del exterminio de disidentes durante la dictadura de Augusto Pinochet.

día, o lo que fuera, sería argumento para que trataran de inhabilitarme de las investigaciones», explicó Solís.

Rápidamente, el número de causas que investigaba inicialmente se disparó. Se corrió la voz: el ministro del cuarto piso estaba sometiendo a proceso en la causa Villa Grimaldi.

El 28 de enero de 2005, junto a sus tres actuarios, el ministro cambió el rumbo de la historia. En dos años había llegado hasta la condena final de Manuel Contreras, desechando la prescripción y amnistía, y aplicando el concepto de «secuestro permanente». La Corte Suprema se pronunciaba de forma inédita sobre este delito.

Una cárcel construida especialmente para Contreras fue la forma que encontró la Concertación de Partidos por la Democracia para morigerar el golpe gigantesco que se estaba dando.

Contreras y sus cómplices, entre ellos Miguel Krassnoff y Marcelo Moren Brito, estaban citados al palacio de tribunales ese 28 de enero a las ocho de la mañana con el objetivo de notificarles sus condenas y pasar luego a manos de Gendarmería y, desde ahí, a la cárcel.

Muy temprano, una multitud comenzó a reunirse afuera del edificio. Muchos eran familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados, junto a sobrevivientes de la tortura y personas que habían perseguido la justicia por años. Precavidos, los exagentes de la DINA llegaron antes de la hora oficial. A medida que iban saliendo, la masa, ya de unas mil personas, los recibía con golpes, gritos, canciones y aplausos, ante la custodia impasible de Carabineros y Gendarmería.

Pero faltaba la presa mayor. Eran las doce del día y el general no se presentaba. Desde el tribunal llamaron a los comisarios de Investigaciones Sandro Gaete y Abel Lizama⁶ para ordenarles

6 En ese tiempo, el comisario Sandro Gaete se encontraba a la cabeza de la Brigada de Asuntos Especiales y Derechos Humanos. Segundo en jerarquía, su colega y también comisario Abel Lizama. Por sobre ellos, Rafael Castillo, jefe contra el crimen organizado. Castillo actualmente se encuentra en retiro. Gaete y Lizama salieron de la unidad y en la actualidad están destinados en el extremo sur de Chile.

que fueran a buscarlo a su domicilio en la comuna de Peñalolén. Junto al prefecto Rafael Castillo y un numeroso contingente de la Brigada de Asuntos Especiales y Derechos Humanos de la policía civil –que había trabajado estrechamente con Solís y antes con el juez Juan Guzmán Tapia–, fueron los encargados de atravesar Santiago para apresarlo.

Estaba en el living de su casa. Recién había dado una entrevista a TVN (Televisión Nacional de Chile) donde denunciaba la falta de acuciosidad del ministro Solís. Una gran cantidad de familiares y amigos lo acompañaban en ese momento. El prefecto Rafael Castillo ingresó hasta su despacho para intentar detenerlo sin violencia. La televisión registró el siguiente diálogo:

–Yo no voy a ninguna parte, si quieren me sacan muerto de aquí –dijo Contreras–. Si usted me dice «lo tengo que llevar», entonces hágale empeño. Si usted me dice «voy a emplear la violencia», la emplea.

–Señor, nosotros no queremos llegar a eso.

–Entonces dígame al señor ministro que no voy no más.

–Es que yo no soy recadero de nadie.

–Entonces yo tampoco acepto su recado.

En el tira y afloja, ya con los comisarios Gaete, Lizama y un grupo de detectives dentro del despacho, Contreras intentó sacar su pistola desde un cajón del escritorio. Los detectives lo redujeron y recorrieron con él los pasillos de la casa hasta el antejardín y luego a la calle, en medio del griterío, golpes y llanto de sus seres cercanos. Sobre el pavimento, una mujer quedó tirada viendo cómo los autos de Investigaciones se perdían en caravana con el general.

Un par de horas más tarde, luego de una breve escala en el cuartel de Investigaciones ubicado en calle Independencia, se acercaban con el detenido hasta el centro de Santiago. Según un detective presente, varias cuadras antes de llegar al palacio de tribunales se escuchaba un murmullo grueso, que luego se fue transformando en un conjunto de voces cantando con fuerza. Le recordó la sensación de entrar a un estadio de fútbol, con las barras coreando a toda voz y el clima tenso antes de la salida de los jugadores.

La bajada del auto fue rápida. Escudos de carabineros y los integrantes de Investigaciones protegieron el paso de Contreras desde la calle hasta la entrada por calle Morandé, a un costado del palacio de tribunales.

A Valeska le tocó recibirlo. «Yo no tengo nada que ver con ese sastre», dijo Contreras refiriéndose a la razón de su condena: la desaparición de Miguel Ángel Sandoval⁷. «¿Por qué me culpan a mí? ¡Mire cómo me dejaron la muñeca!».

El ministro Solís recordó lo siguiente: «En esa ocasión, un ministro de la Corte Suprema pidió pasarme al pleno y aplicarme una medida disciplinaria, por el desorden que yo habría causado en el palacio de tribunales. Fue entonces que me di cuenta de que el trabajo hecho estaba dejando una huella en la gente».

Esa fue la última vez que se notificó en ese lugar a un delincuente vinculado con causas de lesa humanidad.

En los años siguientes, Solís dictó varias condenas más contra el general. Desde la cárcel, el exdirector de la DINA le siguió mandando mensajes. «Le decía a alguna persona que lo visitaba en la cárcel: “Dígale al ministro que le tengo reservada una cabaña acá al lado mío, para cuando cambie la cosa”. Al final, yo me lo tomaba con humor», comentó el ministro.

Una de las últimas condenas que Solís le dictó a Contreras fue de ochenta años de presidio, sin beneficios, por desapariciones forzadas y torturas ocurridas en Tejas Verdes. Recién en junio de 2013, la causa fue vista en la Corte Suprema y en abril de 2014 se dictó la sentencia final.

Entrevistando a Solís para este libro en su casa, y recién jubilado a fines de 2012, le pregunté qué opinaba del respaldo a su trabajo en derechos humanos por parte del Poder Judicial. «Nunca se recibió el apoyo corporativo ni del Poder Judicial ni menos del Estado. Eso faltó y falta», aseveró.

7 Por el crimen de Miguel Ángel Sandoval, sastre, militante del MIR, también fueron condenados y encarcelados los exagentes de la DINA Fernando Laureani, Miguel Krassnoff, Gerardo Godoy y Marcelo Moren Brito.

También le pregunté acerca de sus sentimientos mientras ocupó el cargo de ministro. Me explicó que, a pesar de su anterior experiencia en los juzgados del crimen y de que con eso «uno se va curtiendo, de todas formas en mi interior siempre retumban hasta las palabras textuales que escuché». Ninguno de los delitos que había investigado durante su carrera, crímenes sobre todo, llegaba a los talones de lo que le tocó escuchar referente a los crímenes de la dictadura.

Hablando de Tejas Verdes, mi objetivo de interés, me expuso su visión del lugar: «Fue donde se inició la DINA, la escuela de los torturadores, ahí ensayaron todo lo que aplicaron después en Chile».

Algo muy parecido, pero desde la visión policial, me había explicado el inspector de Investigaciones Alejandro Vignolo, quien llevó Tejas Verdes para el ministro. El regimiento y un conjunto de centros asociados, todos ellos ubicados a poca distancia entre sí, a partir de septiembre de 1973 se habían transformado en la concreción del sueño de Manuel Contreras. «Ahí están los primeros registros del “destino final” de los detenidos. Antes de que se iniciara la Caravana de la Muerte, ahí Contreras ya estaba ejecutando. Antes de que se supiera de desaparecidos, ahí Contreras ya estaba desapareciendo gente, y antes de que se hablara de métodos rebuscados de tortura, ahí él probó de todo».

Tratar de dimensionar Tejas Verdes en números resulta imposible. Si bien se encuentra acreditado que desde ahí desaparecieron quince personas y que doce fueron ejecutadas, en realidad podrían ser muchas más, debido a que el número de detenidos desaparecidos de la primera época de la dictadura, de los que no se tienen aún datos precisos, es bastante mayor. Además, testimonios de detenidos señalan haber visto cadáveres, en algunos casos verdaderas rumas de ellos, datos desperdigados en causas judiciales, sobre los que no se encuentra ninguna investigación judicial.

Incluso en una etapa posterior a su cierre como campo de concentración —funcionó entre septiembre de 1973 y abril de 1974—, numerosos detenidos desaparecidos podrían haber tenido su destino final en sus instalaciones, y en manos de personal que

hizo su «especialización» en ese recinto. Uno de ellos es el mayor de Ejército Mario Alejandro Jara Seguel, personaje oscuro, poco conocido y hombre de confianza de Manuel Contreras desde el principio.

Episodios y personajes que habitan verdaderos agujeros negros, como su responsabilidad en hechos delictivos, retazos de verdad aún no esclarecidos sobre la dictadura y Tejas Verdes.

Intentando descubrir qué se encontraba del otro lado del silencio —tal como me había sucedido con Jorgelino Vergara, «el Mocito»—, di con Héctor Patricio Salvo Pereira, uno de los personajes de este libro. Fue el brazo derecho de Mario Jara Seguel; lo había elegido a él como su hombre de confianza. Salvo se abrió a contar lo que vio y cómo lo vivió, desde la óptica de los dieciocho años de edad que tenía para el golpe.

Su testimonio se convirtió para este libro en «el otro punto de vista» respecto de las historias de las personas que estuvieron en Tejas Verdes detenidas y que componen el centro de la narración. A dos de ellas las conocí iniciada mi carrera periodística investigando violaciones a los derechos humanos, luego de leer los testimonios de tortura que tanto me habían impactado. Ana Becerra y Olga Letelier estuvieron detenidas ahí, cuando tenían diecisiete y dieciséis años, respectivamente, y militaban en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Cuando viajé a entrevistarlas estuvimos juntos en el puente Lo Gallardo, que une el balneario de Santo Domingo con San Antonio. A esas alturas quedaba solo un descampado cubierto de barro y algún helecho, pocos cobertizos y árboles que se desperdigaban en la medida que el terreno se acercaba a la ladera del río Maipo. «Nos usaron como conejillos de Indias», me dijo Ana.

«Al final, cuando me dejaron libre lloré, porque quería quedarme adentro, presa», recordó Olga.

Cada año, las dos, junto a un grupo de expresioneros, transitan desde San Antonio hasta el terreno donde se ubicó el campo de detenidos número 2, ubicado casi a un kilómetro del Regimiento de Ingenieros Tejas Verdes, cantando y ocupando las calles, para no olvidar lo ocurrido en ese lugar. En una ocasión estuve con

ellas. Lanzaron sus flores al río Maipo, distante a esas alturas unos cientos de metros del mar.

Como habían llegado casi coincidiendo con la apertura del centro de detención y se habían ido prácticamente cuando cerró, conocían los detalles y recovecos de lo que ahí había sucedido. Eran, además, el testimonio de un tema invisibilizado tras el horror de las torturas: las violaciones y, en general, los vejámenes sexuales.

Producto de esta búsqueda conocí también a Anatolio Zárate Oyarzún, socialista, jefe de flota y representante del presidente de la República en el directorio de la Pesquera Arauco, la empresa más grande de la zona. Lo habían torturado de manera brutal. Marino mercante y aventurero, había pasado ahí su peor momento. Cuando me recibió en su departamento de Carlos Antúnez en Santiago, caminaba con algo de dificultad, lleno de recuerdos de esa época. Paradójicamente, era vecino del hombre al que denunciaba como uno de sus torturadores: el entonces alcalde de la UDI por Providencia, Cristián Labbé.

Junto a su aventura recorrí el capítulo de Cristián Labbé en la DINA, y lo que no se ha dicho ni investigado acerca de él. Producto de esta misma veta investigativa apareció de forma aleatoria su compañero, Rosauro Martínez Labbé, actual diputado de la República, quien hoy es cuestionado por sus actos en la década de los ochenta, pero no exactamente por su participación en la DINA, hecho que nunca ha reconocido. Sin embargo, a través de documentos clasificados, logré reconstruir su paso por la tropa de Contreras y desenmascarar a quienes fueron sus cómplices.

Así, parte del mundo militar y político fue infiltrándose en las páginas de este libro. Pero también lo hicieron otros personajes: abogados, enfermeras y doctores que «nacieron» en Tejas Verdes y a quienes decidí seguirles el rastro con el objetivo de mostrar en qué medida este lugar fue «el huevo» de todo lo que sucedió luego en el resto de Chile. Por eso, aunque el epicentro de la narración se sitúa en Tejas Verdes, en los dominios de Manuel Contreras, algunos episodios exceden los límites del regimiento,

generalmente siguiendo a personajes que iniciaron su camino ahí.

Por ejemplo, un doctor que luego participó de varios asesinatos políticos tenía su «consulta» ahí. La enfermera Gladys Calderón, encargada de aplicar la inyección letal en el cuartel de exterminio de Simón Bolívar, había comenzado sus crímenes en Tejas Verdes. El regimiento también fue el punto de partida de un hasta ahora desconocido doctor, Emilio Lailhacar. Di con antecedentes vinculados a su confesión a la justicia, inédita, y sobre la cual se investiga en sigilo: el destino final de detenidos desaparecidos en el interior de su propio campo.

En general, el núcleo duro de los centros hospitalarios de la DINA había tenido sus albores en San Antonio. De manera que decidí ampliar la investigación; por ejemplo, hasta entrados los años ochenta, respecto del trabajo de los doctores en la DINA y la CNI, como su rol actual en el sistema de salud en Chile. Representaban otro tema importante, invisibilizado: el apoyo de civiles con su especialidad al servicio de la tortura y la muerte.

Siguiendo estas pistas fui arribando a la convicción de la existencia de personas ya adultas que sospechan que, como sucedió en Argentina, podrían haber sido hijos de detenidos desaparecidos, arrebatados de sus familias y transformados en «otros» con la complicidad del Estado, en general, y de la DINA, en particular. En este libro se revelan adopciones por parte de un agente de la DINA, un oficial de Ejército parte del círculo más cercano a Contreras.

Como objetivo inconsciente —pues lo descubrí mientras escribía esta historia— al reportear Tejas Verdes y contar el origen de la represión en Chile, me había propuesto también dar con el principio de «la maldad» en nuestro país. Me costaba visualizar los motivos, como también entender que existieran chilenos que desplegaran tal grado de crueldad. Todo comprobado por la justicia, todo con condenas. Todo real.

Terminado este trabajo, encontré los rastros de las enseñanzas de las escuelas de tortura estadounidense en diversos puntos del planeta o francesa en Argelia y su influencia en Chile en la formación de los agentes, sus acciones horrendas y en cómo se fue

conformando el aparato de inteligencia. Pero desde un punto de vista más profundo, creo que solo encontré lo mismo de siempre a la hora de investigar en las entrañas de las dictaduras: el miedo hecho terror y fanatismo, la necesidad subsecuente del control hecha violencia, puño de hierro de la inquisición y, con el tiempo, transmutada en degeneración.

A pesar de la desolación por el fin de la ilusión de encontrar en el mal un ícono irrefutable o presencia tangible, me di cuenta de que, siendo honesto, no sentía el fracaso. La razón, entendí en ese momento, se encontraba en la misma historia reportada: los cuatro sobrevivientes de Tejas Verdes me habían acompañado durante todo mi trabajo, de alguna manera viviéndolo todo otra vez. Me habían confiado algo íntimo y aterrador, porque creían que era importante que el mundo lo entendiera desde adentro. Comprendí que haber podido verter sus historias era en realidad un triunfo.

Junto a Patricio Salvo, Ana Becerra, Olga Letelier y Anatolio Zárate, incluí una quinta historia humana, el testimonio más espantoso que me ha tocado leer: el de Feliciano Cerda Troncoso, caso reconocido por la justicia y por el cual también se dictó condena en 2013.

Sin dejar de lado las desapariciones ni las ejecuciones, este libro, a diferencia de *La danza de los cuervos*⁸, se concentró en las historias de los que quedaron vivos. Por ende, es un libro acerca de la tortura. Contada por boca de las mismas personas que la vivieron, tal y como la padecieron en el núcleo de su creación y sistematización.

Nunca nada en la vida me había resultado tan aterrador, desgarrador y emocionante como poder contarlo.

8 Libro publicado por el autor en esta misma editorial.